

Deidad y Humanidad en la población aymara en Chile.

Diego Irarrazaval

En este coloquio se comparten deseos de escucha y reconocimiento, de interacción entre culturas y entre espiritualidades¹. A estas gigantescas preocupaciones les brindo fragmentos de lo aprendido durante años con comunidades aymaras². Mi afán ha sido escuchar voces acalladas y expresivas, reconocer la habilidad aymara al caminar por varios mundos (y hacerlo también a mi modo), y auscultar gemidos del Espíritu que conmocionan a la iglesia.

El dialogo entre distintos imaginarios simbólicos no se improvisa ni puede limitarse a expertos. “Hay que invertir en el conocimiento de las religiones, en el discernimiento teológico-pastoral y en la formación de agentes competentes para el diálogo interreligioso, atendiendo a las diferentes visiones religiosas presentes en las culturas de nuestro continente”³. Esto forma parte de una audaz fidelidad: “la Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas

¹ Coloquio sobre Pueblos Originarios en Chile, Universidad Católica, Valparaíso, 12/1/2016.

² De 1981 a 2004 he colaborado en el Instituto de Estudios Aymaras y en la Parroquia de Chucuito (Puno, Perú) y del 2004 al 2014 he sido parte del directorio del Instituto de Cultura y Tecnología Andina (Iquique, Chile). Según el censo del 2002, en Chile hay 48.501 personas aymaras (que sería el 0.32% de la población, y sería el 7% de la población indígena).

³ Aparecida 238; luego se anota: “el diálogo interreligioso no significa que se deje de anunciar la Buena Nueva de Jesucristo a los pueblos no cristianos, con mansedumbre y respeto por sus convicciones religiosas” (238). El trasfondo es *Nostra Aetate* (1965); véase un breve comentario en *Mensaje* 620 (2013), 28. En la realidad panandina se trata de cristianismos in-inter-culturados (que algunos llaman sincretismos); no se trata de realidades “no-cristianas”.

circunstancias latinoamericanas y mundiales”, ya que hay “crisis de sentido” y “cambio de época”⁴. Sin duda es audaz la fidelidad cuando se relanza y se reinventa.

Esto implica reconsiderar el conjunto de la evangelización. No bastan pequeños ajustes y maquillajes para sentirnos bien o para ser relevantes en contextos seculares. Más bien cabe evangelizar en ambientes tradicionales con acelerados cambios (como los andinos), y sobretodo actuar en los denominados nuevos areópagos donde se desenvuelven culturas y religiosidades de multitudes. Mi breve ponencia está dedicada a lo primero, debido a limitación de tiempo; pero les confieso que es a lo segundo (presencia cristiana en situaciones donde predomina lo tecno-comunicacional) a lo que le doy más importancia en estos últimos años.

Replantear lenguajes y actividades.

Al considerar modos de hablar de nuestras temáticas, existe incomunicación, y también salen a luz posibilidades de acción inter-cultural-espiritual.

Hay mucho cortacircuito y conflicto. Solemos hablar del ser humano como sujeto (p.ej. como ‘hombre’) que ve y modifica objetos. En la perspectiva andina, el punto de partida no es el individuo sino la relacionalidad. Lingüísticamente es muy claro ⁵. En cuanto a la denominación ‘dios’, no es objeto de actitudes religiosas, sino más bien es fuente de Vida en un sentido relacional; decía un teólogo aymara, Domingo Llanque: “reconocemos las huellas de la presencia continua de Dios en toda la larga

⁴ Aparecida 11, 37, 44. ¿Por qué tantos sectores de la iglesia no asumen estos signos de los tiempos?

⁵ Véase Josef Estermann, *Filosofía Andina* (La Paz: ISEAT, 2006) la lógica de la relacionalidad (pgs. 123-150); y como el tu y yo constituyen una persona singular: *jiwasa*; nosotros: *jiwasanaka*; yo: *naya*; “el individuo (en sentido occidental) para la filosofía andina no existe (pgs. 219-220, notas 12 y 14).

historia de los pueblos originarios”, y por supuesto subrayaba la experiencia cosmológica tanto con Dios como con Pachamama ⁶. Como es bien sabido, el pueblo mapuche invoca la Deidad con cuatro manifestaciones (abuelo, abuela, joven varón y joven mujer), y sobretodo (como explica Ramón Curivil) son vínculos con *ngen* o energía vital en cada entidad del universo. Cuando estas (y otras) creencias son comparadas con doctrinas católicas se lleva a cabo una comparación asimétrica (entre lo autóctono y lo que proviene de una religión ‘universal’). Más bien podría compararse lo indígena con el imaginario católico popular.

Abundan los cortacircuitos con quienes conducen las iglesias. Éstos cargan en sus espaldas una secuencia de descalificaciones hacia aymaras (quechuas y demás) por su supuesta carencia de un Dios personal con revelación en la historia (ya que ven la deidad de modo más cosmológico), y de agresiones hacia el animismo y la idolatría indígena. Son conflictos en gran parte etnocéntricos, y en parte por no captar la polifacética transcendencia. En el norte de Chile hubo un terremoto cultural con la expansión del fundamentalismo pentecostal; desde Cariquima fue predicado que “los dioses que adorábamos eran el mismo espíritu del demonio... hoy nos hemos convertido. Cristo nos ha libertado” ⁷.

La transcendencia es vivenciada en el acontecer concreto, humano, cósmico. Lo ‘religioso’ ni es sección de la realidad ni es categoría

⁶ D. Llanque, *Vida y Teología Andina*, Cuzco: CBC/IDEA, 2004, 110, 119ss: véase también Narciso Valencia, *Revelación del Dios Creador, Ofrenda a Pachamama*, Quito: Abya Yala, 1998, y María Jose Caram, *El Espíritu en el mundo andino*, Cochabamba: Verbo Divino, 2012, 217-334.

⁷ Predicación en Cariquima, recopilada y contextualizada por Bernardo Guerreo, *Las campanas del dolor*, Iquique: El jote errante, 1990, 15.

epistemológica⁸ (como lo presupone el pensar moderno). Separar lo profano de lo sagrado no es lo acostumbrado por personas aymaras (salvo por quienes están más marcados por ciencias que hacen tales distinciones, o por quienes son catequizados dualísticamente). Lo cristiano suele ser integrado en una matriz andina. Por eso, el diálogo aymara-cristiano se da al interior de personas y comunidades andinas.

Por otra parte, conceptualizar una 'religion aymara' permite subrayar la persistencia y transformación de formas autóctonas. Además, tal religiosidad tiene rasgos autónomos, mestizos y sincréticos (que afectan todo lo que suele llamarse 'cristiano'). Juan van Kessel ha propuesto que la catequesis inculturada asuma como marco referencial "la mitología sincrética y la cosmovisión aymara..., ha de adoptar los antiguos valores místicos, religiosos, éticos, culturales, sociales, del mundo andino"⁹. Por eso, llevar a cabo un dialogo entre cristianos y aymaras, o entre cultura andina y fe cristiana, requiere aclarar de qué se habla y también quiénes y por qué ven la realidad de tal o cual modo.

Espiritualidad eco-humana.

Junto con la revisión de lenguajes y hermenéuticas hay que considerar expectativas y metas en el dialogo con la cultura aymara. Si es buscada la conversión de quien no es cristiano, se actua de forma sutil o abiertamente colonizadora. Si es deseado un encuentro respetuoso de las diferencias y de muto aprendizaje (sin un marco asimétrico) entonces crece la perspectiva de cada interlocutor. A mi parecer, en el dialogo con la cultura aymara en Chile

⁸ A partir de los años 70 me han pedido enseñar y escribir sobre 'religi3n quechua y aymara' (y su pastoral), y cada vez había que aclarar categorías inadecuadas. Por otra parte, se van encarando malentendidos sobre animismo y panteísmo indígena.

⁹ J. Van Kessel, *La Iglesia Católica entre los Aymaras*, Santiago: Rehue, s/f, 131.

conviene ahondar dos actitudes básicas. Primero, ubicarse en el modo de ver el mundo de los pueblos originarios; y, segundo, cultivar la sintonía con el Espíritu del universo que se manifiesta en el caminar ritual y simbólico de cada pueblo.

La primera actitud básica puede ser motivada de manera metafórica. Por ejemplo el relato del zorro y las ranas. Hay mucha tradición oral (aymara, y en otros pueblos) en que el hábil y exitoso zorro es sobrepasado por la colaboración entre entidades frágiles y pequeñas. Uno de los relatos aymaras muestra a ranas haciendo posta para derrotar al zorro. Éste desafía a un sapito-rana a ver quien es más rápido y llega primero a la meta (donde termina el río). El sapito-rana “reúne a sus familiares y los organiza para que entre todos le puedan ayudar a vencer al zorro”¹⁰. Los sapitos hábilmente se ubican a lo largo del río, y antes que llegue el zorro a donde está cada uno de ellos, le saludan: croac, croac. Así, sapitos lentos pero organizados logran derrotar al zorro. No intento sacar una moraleja; más bien conviene reconocer la tradicional estrategia aymara de enfrentar adversidades con la colaboración entre entidades pequeñas. Es un modo de ver el mundo; es radicalmente distinto a considerar que pocos, o que uno sólo (como el veloz y astuto zorro) siempre gana. La cuestión básica es ubicarse, de modo empático y también socio-político, en el modo de ver y sentir la realidad por los pueblos originarios. Es un modo concreto y trascendente de entender la realidad. Conlleva pues adherirse a la mística terrenal del aymara.

Termino relatando, de modo breve, un modo de compartir símbolos aymaras. A través de ellos uno palpa al Espíritu de Dios. Con unas amistades subí -como ha sido mi costumbre- al cerro sagrado Atoxa, en Chucuito, Perú.

¹⁰ Véase texto completo en R. Flores, J. Amaro, J. Podestá (org.), *Tradición Oral Aymara. Uybirimallco. Cerros que nos dan vida*, Iquique: CEAR, 1989, 65-67.

En este cerro hay una cumbre masculina denominada *Awki* (Padre) y otra cumbre denominada *Tayka* (Madre); ellas protegen a las personas, familias y difuntos, ganados y terrenos, actividades, la salud, el acontecer cotidiano de quienes vivimos en esta zona. En esta montaña (a más de 4 mil metros de altura) una familia estaba realizando un rito dirigido por un líder autóctono: *yatiri* (sabio). Este me reconoció como sacerdote católico y me invitó a acompañarle. Ya habían comenzado con la señal de la cruz y varias oraciones. En el momento que me he unido a ellos estaban poniendo las hojas de coca sobre un tejido ceremonial. De rodilla tomé tres hermosas hojas de coca, y en silencio he rezado a la divinidad presente en ese lugar y en medio de esa familia indígena. También hice la libación ritual (‘ch’alla’) con el vino. Nos dimos todos/as el abrazo de paz, según la costumbre andina.

Anoto este caso para poner acento en la interacción simbólica. El dialogo no es con la boca; es con el alma. El Concilio Vaticano II propuso un ecumenismo espiritual. Se lleva a cabo entre iglesias cristianas: oramos a partir de nuestros vínculos y para acoger la gracia (*Unitatis Redintegratio*, 8). Cabe pues desarrollar la celebración inter-religiosa. La mística y ritualidad andina no son objetos folklóricos; son modos de dirigirse al Misterio, que encuentran su plenitud en el amor de Cristo. En este sentido, personas cristianas con-celebramos la vida con mediaciones religiosas aymaras y andinas. Lo que preocupa a todos/as es afirmar la vida en situaciones donde abunda la violencia y la discriminación. Lo que interesa es la salvación de la humanidad y la integridad de la creación, lo cual conlleva una espiritualidad eco-humana.

Un problema mayúsculo es no ver al Espíritu en la historia humana y las diversas religiones (y en concreto en las andinas). Los Hechos de los

Apóstoles y las Cartas de Pablo dirigen nuestra mirada al Espíritu que hace hablar las maravillas de Dios en todas las lenguas (y religiones), y también reconocer al Espíritu que es libertad y amor. El magisterio de la Iglesia nos ofrece criterios para leer con ojos del Espíritu (pneumatológicamente) el acontecer humano y religioso de hoy.

Me parece prioritaria la sensibilidad y comportamiento con respecto al Espíritu de Dios, en el aquí y ahora. Es el Espíritu quien sostiene los lenguajes andinos de la fe, las tradiciones católicas e inter-religiosas, y quien nos conduce a la verdad. Al respecto vale aclarar que las religiones no son en-sí-mismas salvíficas. Es Dios quien salva a pueblos (con sus costumbres creyentes y éticas). Esta salvación tiene como luz y como fuente a Jesucristo que -con su Espíritu- ama a la humanidad y a las demás entidades del universo.